

EL HILO DE LA ESPERANZA Y LA PACIENCIA

Nadie sabía su nombre pero sus piezas de artesanía eran muy apreciadas por algunos clientes de aquella tienda que se llamaba La Mariposa.

Estaba situada en un rincón de la plaza del pueblo, era pequeña, recogida, muy luminosa y siempre tenía unos cuantos jarrones de flores colocados en los rincones. Olía muy bien cuando entrabas, era un lugar entrañable y aquel día, mientras estaba curioseando ensimismada en encontrar algún que otro objeto particular, un sorprendente olor a chopo me hizo recordar aquel encuentro inesperado con mi amigo Pablo. Pasamos un día en el campo, paseando entre riscos y pinos, viendo volar a los buitres, conversando, charlando, riendo.

De pronto sentí el darme la vuelta y dirigirme hacia el lado opuesto de la tienda. Sobre la mesa había unas cuantas mariposas hechas de encaje de bolillos pero me fijé especialmente en una. Volví a recordar a mi amigo. Le pregunté a Isabel, la dependienta, quién hacía esas mariposas tan bonitas, y me comentó que no sabía su nombre; un hombre mayor, Esteban, las había traído pero era su esposa quien las creaba y nada más sabía salvo que llamaban mucho la atención y se vendían muy bien.

Pablo volvió a mis pensamientos, aquel día en el que hablamos de mariposas azules y libélulas, un día en el que nos contábamos nuestros sueños y la posibilidad de hacerlos realidad. Aquel día me regaló una mariposa de encaje de bolillos y la que ahora estaba mirando era muy similar, casi idéntica. Le dije a Isabel que me la envolviera, me dio un pálpito en el corazón, una alegría inesperada. Cuando llegué a casa la coloqué al lado de la que yo tenía, el calado era tan parecido que viéndolas juntas parecían iguales y sólo cuando prestabas atención en el detalle podías ver las diferencias.

Fue entonces cuando me fijé más en la mariposa que Pablo me regaló. La cogí entre mis manos y me emocioné. Lleva unas piedritas azules intercaladas entre el encaje y un fino hilo bordea las alas, que veo tornarse entre dorado y rosáceo cuando la giro. Tiene cuatro alas. Ahora que la estoy mirando y escucho, parece que me está hablando de quién soy. Un ser que ha formado sus alas de forma paciente, muy paciente. La mariposa tiene un bonito dibujo, ha sido un trabajo laborioso, entretenido, su tiempo ha necesitado pero el resultado ha sido esta mariposa preciosa, hecha de manera artesanal y tradicional, hecha con unas manos pacientes que han querido dar una forma delicada y bonita. De un fino hilo se ha tejido una mariposa. Es sencilla, elegante; recuerda, sugiere dulzura en todo este trabajo tan minucioso. Una pequeña obra de arte salida del empeño en transformar la laboriosidad en belleza, creada para contemplarla y descubrir las cualidades de esta mariposa, una mariposa bonita y hermosa, elegante, sencilla aun cuando muestra el complicado trabajo de su creación. Una mariposa que bate sus alas porque sí, disfrutando de su vuelo, disfrutando de cada forma contenida en sus alas, de cada hilo entretejido, y las bate como si no la mirara nadie, porque siente que sólo batiendo las alas es feliz, feliz de disfrutar de su propia creación...

Mis ojos lloraban, lloraban de alegría al descubrir el mensaje. Y entonces cogí la mariposa que había comprado para mi amigo. Por un instante me puse nerviosa, fui hasta al cajón donde tenía mi agenda y busqué la dirección de Pablo. ¡Aquí estaba! Metí la mariposa en una cajita de madera de enebro junto a una nota, la envolví con mucho cuidado y me fui a correos muy contenta para mandarle el paquete. En la nota escribí con tinta y pluma de color azul:

El regalo eres tú mismo.

A veces nos preguntamos ¿qué puedo compartir, ofrecer al mundo? Y fue cuando escuché a mi propia voz que me susurraba: esperanza, ilusión, coraje, voluntad de ser uno mismo.

